

Reconociendo el dolor, reconstruimos con esperanza

El Señor me ha dicho:

*Mi amor es todo lo que necesitas;
pues mi poder se demuestra mejor
cuando la persona es débil.*

*Así es, que me alegro de ser débil,
para que se demuestre en mí
el poder de Cristo*

(2 Corintios 12, 9)

Se inicia el año con el alma y el cuerpo resentidos. Los rostros marcados por el dolor, la confusión y la desesperanza son testimonios inolvidables de la reciente catástrofe vivida por un pueblo solidario.

Todos nos hemos sentido heridos y hemos respondido con generosidad. La confrontación y divisiones que marcaron nuestras relaciones sociales y políticas durante el año 1999, cedieron ante la necesidad de compartir el dolor de hermanos y hermanas. La tragedia abrió, cual torrente indetenible, el camino hacia la reconciliación y la solidaridad. El mundo nos ha hecho sentir la universalidad de la fraternidad en el dolor.

Tan enfrascados estábamos en lo inmediato, en los intereses personales o grupales, que no supimos leer los signos que nos enviaba la naturaleza, pues desde noviembre se tenían cambios atmosféricos inusuales y los medios reseñaban desplazamientos poblacionales y vidas humanas perdidas a consecuencia de inundaciones y derrumbes. Esto amerita reflexionar sobre nuestra responsabilidad colectiva y el verdadero significado del "bien común".

La magnitud y complejidad del desastre cambió nuestras vidas, nuestro quehacer como país y ello es imprescindible reconocerlo. La topografía de las áreas afectadas ha sido sustancialmente modificada, el desplazamiento temporal o definitivo de cerca de trescientas mil personas, la desaparición de familiares que tal vez sea difícil conocer durante largo tiempo, la destrucción de empleos, ingresos y del flujo comercial, el caos de los servicios públicos, la pérdida de innumerables viviendas y de las cosechas, la desarticulación de las relaciones sociales, familiares y comunitarias; en fin, las secuelas que por largo tiempo permanecerán en nuestro inconsciente colectivo, todo ello necesitará tiempo y voluntad para ser asimilados.

De la emergencia al dolor compartido

El rescate, evacuación y atención física y espiritual a la población directamente afectada es la respuesta impostergable: la vida humana no tiene discusión. La situación de caos exige acción y organización. Y si bien, la respuesta colectiva ha sido determinante, tenemos mucho que aprender en coordinación y capacidad de nuestras instancias locales y de la necesidad de formar y respetar las redes del tejido social, que garanticen la seguridad y el control social ante la destrucción de lo existente. Son estos momentos, los que hacen insustituible el esfuerzo conjunto e interdependiente entre el Estado fuerte y eficiente y la organización social para llegar a la gente.

El acompañamiento, protección y orientación de la gente para que asuma poco a poco la normalidad de sus vidas, es un proceso largo y complejo. Allí es cuando tenemos que recordar que el "espíritu es fuerte, más la carne débil".

El acompañamiento a las personas en esta situación de dolor nos permite las siguientes reflexiones:

Pretender que todo siga como antes, es una simple consecuencia de la negativa al dolor y a la novedad. Es necesario reconocer en el "duelo" esa mezcla de ira, negación, culpa y confusión que suele acompañar una pérdida significativa, y a no ser que se admita y reconozca el vacío existente y formalmente se supere lo perdido, podemos seguir atrapados y obsesionados por el pasado y seremos incapaces de abrirnos a nuevos modos de pensar y actuar.

Es necesario el espacio y el tiempo para reconocer formalmente lo que se ha perdido y las resistencias a aceptarlo, para así poder afrontar las incertidumbres, temores y esperanzas del futuro. Es una complejidad que no podemos olvidar. En un primer momento, el natural rechazo a las experiencias dolorosas incita a la tristeza y facilita la desesperación por la nostalgia de lo desaparecido. Esta es una realidad que existe y es necesario comprender, especialmente en nuestra situación por la magnitud, lo prolongado y la diversidad de condiciones de la gente afectada. Poco a poco aparece la ambigüedad entre la seguridad del pasado y la necesidad de afrontar un futuro desconocido. Es aquí donde surgen proyectos espectaculares,

pero fuera de la realidad, o simplemente la negación del futuro conformando una visión fatalista y de desgracia permanente. Solamente cuando podemos distanciarnos de lo que se ha perdido, estamos asumiendo que la vida continúa y somos capaces de trasladar al futuro lo mejor del pasado.

El pasado tiene que ser la referencia de los obstáculos a superar y no simplemente el justificativo de omisiones, pero ello significa vivir el proceso de cambio como oportunidad de recuperación y reagregación. Quisiéramos recordar, lo que tantas veces la historia nos ha enseñado, que el pesar o el dolor no expresado es como un barril de pólvora a la espera de ser encendido y convertirse en toda clase de conductas destructivas. La gente quiere enterrar a sus muertos. Si aferrarse al dolor mata, el aceptarlo y dejarlo ir, recupera. Porque el dolor de una pérdida no es una debilidad o una mala costumbre, sino una necesidad psicológica de los seres humanos, de la sociedad y de los pueblos.

Hacia la reconstrucción: una oportunidad de reconciliación

Reconstruir es renovación y refundación. Tenemos la imagen de manos callosas reponiendo piedras y muros de su vivienda desecha, familias que vuelven a cuidar sus enseres y defienden con su vida las amenazas del bandidaje. ¿Cuántos pueblos declarados "campesano" a los pocos años ya están reconstruidos por su gente? ¿Cuántas ciudades se desarrollan en zonas sísmicas y riesgosas? La prisa no es buena consejera. No se trata de reconstruir lo que estaba mal hecho, sino de aprender las lecciones de la vida y de la solidaridad humana.

Las propuestas no se han hecho esperar, las universidades, los profesionales y los empresarios han desengavetado proyectos y formulado alternativas. Las organizaciones sociales han canalizado propuestas de la gente y, en todo caso, asumen el rol de interlocución para hacer una reconstrucción humana y participativa.

Y en este sentido, esperamos no perder la oportunidad de que el pueblo, y en especial los damnificados, sean los protagonistas de la reconstrucción y el Es-

tado el instrumento de apoyo al proceso social. La tentación de realizar un ordenamiento territorial desde arriba puede acarrear más caos que soluciones. Si bien la desconcentración territorial puede ser beneficiosa tiene que realizarse en base a proyectos integrales, con viabilidad de las condiciones de vida, trabajo productivo, apoyo crediticio, servicios públicos eficientes e inserción en las diversas instancias del Estado. No pueden estar sustentadas sólo en promesas futuristas o en estrategias coyunturales. Bastantes catástrofes humanas tenemos en la historia con los desplazamientos poblacionales artificiales. La gente tiene que participar voluntaria y conscientemente para refundar su vida, sus relaciones y su arraigo. Es imprescindible, si queremos consolidar la familia y dignificar las condiciones de vida, asumir el compromiso de la vivienda y la humanización de las ciudades. Además de la necesidad de enfrentar el desempleo y la carencia de ingresos de nuestras familias, la vivienda es el núcleo de las relaciones y del arraigo permanente. Es la oportunidad para la participación organizada de la población en proyectos de urbanismo y desarrollo de viviendas, es la oportunidad para inventar mecanismo crediticios que se acerquen a la gente, es la oportunidad para desarrollar nuevas ciudades accesibles al empleo y los servicios públicos con visión de articulación productiva. Hay experiencias exitosas como los "consorcios" que, además de aportar soluciones de la gente, consolidan la organización popular tan necesaria para afrontar emergencias futuras.

Sabemos que el mundo rural es pobre y sin oportunidades. ¿Por qué no refundar el campo con alternativas de organización que incorporen tecnologías y condiciones para la productividad? El desarrollo de nuestras fronteras requiere integralidad, para generar el arraigo y capacidad de innovación. Cuarenta años después del desarrollo en Ciudad Guayana, encontramos una ciudad moderna, que nunca incluyó a San Felix dentro de los parámetros de la modernidad, y el resultado lo tenemos a la vista: la segregación espacial generó dos ciudades contrastantes, aún cuando funcionalmente sean interdependientes. La reconstrucción del Litoral no puede obviar su relación con la gran ciudad.

Si bien la prisa no suele ser buena consejera por desdeñar las medidas técnicas adecuadas, también tenemos que entender que la técnica y la planificación no son neutras y tienen sus propios intereses. Es la oportunidad de impulsar y promover las bases para un nuevo estilo de hacer las cosas. Si bien la corrupción, como dicen algunos, es un servicio que no escasea, es la oportunidad de abrirse a procedimientos transparentes con la participación sustantiva y las alternativas de la organización social local, regional y nacional. La reconstrucción es ardua y lenta, muchos papeles e informes, muchos jefes y pocos operarios, mucha gerencia para problemas del ayer y poco riesgo para asumir los desafíos del mañana.

Es la oportunidad de caminar juntos hacia la refundación de nuestra vida social desde las necesidades de la gente que ha perdido todo, para volver a empezar de nuevo con la esperanza y la fortaleza de nuestra propia debilidad.

Editorial